

carbonarios, y hasta á los territorios de Croacia y de Ragusa. La Prusia humillada no esperaba mas que una ocasion para levantarse: si Alejandro de Rusia admiraba á Napoleon, sus boyardos lo execraban; Francisco II, que al renunciar la corona de Carlo Magno habia pensado dar á las sucesivas adquisiciones de su casa la unidad administrativa, ya que no tenian la nacional, titulándose emperador de Austria, veía en el renovado espíritu germánico la ocasion de elevarse poniéndose á la cabeza de los pueblos, y dando á entender que se preparaba contra el Oriente, armó cuatrocientos mil hombres, cuyo mando confió al príncipe Carlos sin trabas de consejeros áulicos. Los reyes habian aprendido de la Revolucion á echar mano de las masas; Stadion, ministro de negocios extranjeros, estaba en inteligencia con los patriotas de Alemania; el entusiasmo logró romper el hielo de los periódicos austríacos, é impulsada por ellos Austria á hacerse agresora en defensa de la libertad de Europa, refugiada (decía ella) bajo su bandera, llamó á las armas á los pueblos de Alemania para defender la nacionalidad, excitó á los de Italia á la insurreccion, prometiéndoles una constitucion bajo la *sagrada palabra* de Francisco.

Si bien solo el Tirol respondió al llamamiento, podia conocerse cuán inmenso era el incendio latente en todo el país. ¡Extraña mudanza de situaciones! Austria se hallaba á la cabeza de los pueblos sin alianzas de reyes y persuadida del poder de la muchedumbre, mientras Napoleon arrastraba consigo un tropel de reyes aliados, teniendo en su contra al espíritu popular y acusando á sus enemigos de recurrir á la insurreccion. Conociendo el peligro, empleó para conjurar todo su genio: con billetes falsos atrapó dinero; condenó á muerte á todo Frances que sirviera á los extranjeros; puso á sus mejores mariscales en el Rhin y en Italia, y entró en una de las campañas mas maravillosas que recuerda la historia. No tenia un ejército muy numeroso, y este era casi todo de extranjeros enviados por los príncipes confederados; pero con su grande estrategia procuró tener á raya las ponderadas masas del archiduque Carlos, siendo siempre admirable en la defensiva. Despues de la batalla de Eckmühl, ó mejor dicho, despues de cinco batallas sucesivas, Carlos fué rechazado hasta mas allá del Danubio, dejando descubierto al príncipe Juan, que venía del Tirol. Napoleon, conociendo la necesidad de dar golpes decisivos, marchó entónces sobre Viena, y si bien para defenderla se armó el landwehr y se excitó su valor con el ejemplo de España y los recuerdos teutónicos, hubo de rendirse al cabo de pocos dias.

Fué este golpe de pequeña importancia, pues que el ejército quedaba con toda su fuerza detras del Danubio, el emperador Alejandro no se habia movido á pesar de su declaracion de guerra al Austria, el archiduque Fernando vencía en Polonia, y se propagaba la insurreccion por

1809.
18 y 22
de
abril.

Toma
de
Viena.
15 de
mayo.

Alemania. El príncipe Juan, despues de haber derrotado en las orillas del Piave al ejército italiano al mando de Eugenio, amenazaba el corazon de Italia; pero al saber las victorias de Napoleon en Austria, volvió piés atras. Napoleon en el palacio de Schönbrunn decretó la agregacion de los Estados Pontificios al imperio; meditó la desmembracion de la Monarquía austríaca; fulminó los dardos de su ira contra el landwehr y condenó á muerte á los *facciosos*, con cuyo nombre designó á los generales que hacian buena y fiel guerra.

Despues pasó al Danubio; pero Carlos lo sorprendió en Essling, donde Lánces pereció con casi toda la caballería de línea, y donde no quedó á los Franceses sino la gloria de haberse defendido bien. Carlos, si hubiera tenido suficiente ardimiento para ello, habria obligado á Napoleon á rendirse con todo el ejército que llevaba; pero su vacilacion permitió á este retirarse á Lobau, isla del Danubio, con treinta y cinco mil hombres, seis mil de ellos heridos, poquísimas municiones, ménos víveres y ningún puente. Massena, sin embargo, le sostuvo y solía decir: « Si yo hubiera sido el archiduque, que no habria quedado un solo Frances para llevar la noticia de la derrota. » Entusiasmóse Alemania al ver á Napoleon *preso como una rata del Danubio en la trampa de Lobau*: en todas partes se avivaron la guerra y las intrigas; estalló el descontento en Francia (1), y á las mentiras insultantes y crueles de los boletines napoleónicos se opusieron relaciones exageradas de heridos arrojados al Danubio, y de expresiones de Lánces, de quien se aseguraba que al morir habia dicho á Napoleon: « Sois la causa de mi muerte; nos haréis matar uno tras otro por vuestra insaciable ambicion. »

Napoleon, sin embargo, logró pasar á la orilla derecha del rio, rehacer los puentes, y restablecer la confianza. Quiso despues consolidar su reputacion con una batalla grandiosa, mientras que Carlos permanecia inactivo por no tener bastante confianza en sus soldados, y mientras Juan dejaba que Beauharnais y Macdonald, despues de la batalla del Raab, uniesen el ejército de Italia con el napoleónico. El emperador, despues de haber estudiado atentamente el Danubio, á la vista de cuatrocientos cañones austríacos que lo esperaban, lo pasó en una noche tormentosa, y desplegándose en batalla cerca de Wagram, quedó vencedor despues de un combate horriblemente sangriento. Él se

(1) « Immédiatement après la bataille d'Essling, un émissaire arriva du champ de bataille à Fouché pour lui faire connaître l'état désespéré des affaires, qu'on pensait pouvoir être très-favorable à certains projets. Cet émissaire était chargé de prendre ses avis, et de savoir ce qu'on pouvait attendre du dedans. A quoi Fouché répondit, dans un état de véritable indignation: « Mais comment revenir nous demander quelque chose, quand vous auriez déjà dû avoir tout accompli à vous seuls? Vous n'êtes là-bas que des poules mouillées qui n'y entendent rien: on vous le fourre dans un sac, on le noie dans le Danube, et puis tout s'arrange facilement et partout. » Nota del general PELET á las *Mémoires sur la guerre de 1809*

Batalla
de
Essling,
23 de
mayo.

1809.
14 de
julio.

Batalla
de
Wagram,
5, 6 y 7
de
julio.

jactó de no haber perdido mas que mil quinientos hombres, pero la verdad es que quedaron treinta y tres mil fuera de combate, entre ellos veintisiete mil soldados y muchísimos generales austríacos. Por esta batalla fué Berthier proclamado príncipe de Wagram; Massena, que era mas merecedor de esta distincion, y Davoust unieron á sus títulos los de príncipes de Essling y de Eckmühl; Macdonald, Oudinot y Marmont fueron elevados á la categoria de mariscales, y Bernadotte no obtuvo premio ninguno, porque causaba recelos la popularidad que tenia en Alemania.

No fué una gran victoria la de Wagram. El duque de Róvigo, grande admirador de Napoleon, escribe en sus Memorias: « El archiduque se puso en retirada por todos lados, abandonándonos el campo de batalla, pero no prisioneros ni cañones, y despues de haber combatido de un modo suficiente para inspirar prudencia á los promovedores de empresas temerarias. Fué seguido sin grande empeño, pues no se habian desordenado sus huestes y no nos convenia verlo de nuevo en batalla. » En efecto, el príncipe Carlos se retiró hacia Bohemia, confiando en que Prusia se movería, y habiendo prometido los Ingleses efectuar un desembarco en Stralsund, se calculaba que podrian cortarse las comunicaciones de Napoleon sobre el Elba y sobre el Rhin. Pero Napoleon con la rapidez de sus movimientos frustró los planes de sus enemigos y los siguió lanza en ristre preparado para dar otra batalla. Carlos, que no tenia bastante confianza en sí mismo y que ademas estaba asistido por algunos consejeros favorables á Francia, solicitó un armisticio sin necesidad ninguna, y Austria que en todas partes habia excitado el ánimo de los pueblos, entónces los abandonó.

11 de
julio.

El duque de Brunswick, habiendo reunido un cuerpo de húsares vestidos de negro y con la calavera por divisa, hizo por su propia cuenta una guerra heroica, que fué cantada por los poetas y por el pueblo. Sin cuidarse del armisticio infundió el espanto entre sus enemigos, cuyas fuerzas derrotó varias veces, hasta que pudo embarcarse para Inglaterra, de donde salió para morir en Waterloo. El mayor Schill, saliendo de Berlin con un cuerpo de caballería ligera compuesto de jóvenes entusiastas, ligados con las sociedades secretas, llevando en la bandera un pañuelo puesto por la reina misma, humilló los estandartes del efimero reino de Westfalia; perseguido despues, se refugió en Stralsund (31 de mayo de 1809), y no hallando buque en que embarcarse, se defendió contra diez mil Daneses y Holandeses y murió peleando. Habíase organizado tambien en otros puntos la sublevacion, siendo cómplices algunos generales y ministros de Buonaparte. Un ejército inglés compuesto de treinta y ocho mil hombres, trasladado en treinta y siete navios de línea y ocho fragatas, desembarcó en la isla de Walckeren en el Escalda, tomó á Flessinga

y esperó luego en la inaccion la sublevacion de Alemania y Holanda, que no llegó á ocurrir.

Hoffer, rico tabernero tirolés de atlética estatura, se puso á la cabeza de la insurreccion del país en nombre de Nuestra Señora y del emperador de Austria. Hasta dos regimientos enemigos se vieron obligados á deponer las armas ante las carabinas de los facciosos, los cuales despues de haber arrojado á los Bávaros del Tirol, prosiguieron sus victorias, que fueron interrumpidas por el armisticio. Entónces Hoffer, creyendo en la amnistía y habiendo obtenido un salvoconducto, bajó de los montes, pero fué procesado y fusilado. Muchísimos patriotas sufrieron entónces la muerte por haber sostenido la causa de Alemania, y once oficiales prusianos fueron condenados de un golpe. Otros fueron sepultados en los presidios y galeras.

Lichtenstein, que sucedió en el mando al archiduque Carlos, era favorable á Francia y aconsejó á Francisco que hiciera la paz. Austria, aunque todavia floreciente, se resignó á perder dos mil millas cuadradas con tres millones y medio de habitantes, las ricas minas de Salzburgo y setenta y cinco millones de florines, adhiriéndose al sistema continental y obligándose á derribar las murallas de Viena. ¿Podía durar una paz tan violenta?

CAPÍTULO XIII

Reaccion en la opinion. — Luchas religiosas.

Al atravesar los Alpes decía Napoleon á un ayudante suyo: « Gran cosa os parece el ser emperador de los Franceses y rey de Italia; yo no me hago ilusiones: soy el instrumento de la Providencia, la cual me conservará mientras tenga necesidad de mí, y despues me romperá en mil pedazos como á un vaso de vidrio (1). » ¡Ojalá hubiera tenido siempre presente estas palabras y obrado conforme á ellas! Pero la grandeza le desvaneció, y no es maravilla que la Francia misma se desvaneciera, por mas costoso que le fuera y por mas que le arrastrase al abismo. Y á la verdad es muy perdonable el entusiasmo que excitó este hijo de la fortuna, resplandeciente entre una muchedumbre de reyes hereditarios, representante del pueblo y que conservaba el sello del pueblo y de la libertad aun despues de haber hecho traicion á uno y á otra. El historiador sincero y que profesa á la libertad un culto religioso no puede continuarle su admiracion y efecto, pero no tendria razon si dejara de perdonar tales sentimientos, de los cuales él mismo no se libra sino por medio de la reflexion.

De las operaciones de Napoleon no podia deducirse un sistema general de guerra, pues todo su arte consistía en adaptar los movimientos á las situaciones. El enemigo habia

(1) *Memorias del coronel de Baudus.*

14 de
octubre.

Hoffer.
1810.

Febrero.

1809.
14 de
octubre.

creído alcanzarlo cuando sitiaba á Mantua, y él no vaciló en levantar el sitio y concentró sus fuerzas para salirle al encuentro en Castiglione. En Arcole, aventurándose en un camino rodeado de lagunas, burló la superioridad numérica de sus adversarios. En Rívoli la infantería alemana cubría las alturas, y en el llano estaban la artillería y la caballería; pero él cortándoles el punto de union y poniéndose entre ellos, los desbarató separadamente. En Marengo y en Ulma cogió por la espalda á sus contrarios; en Austerlitz cayó sobre el grueso del enemigo. Su único objeto era, pues, la victoria, sus medios en extremo diversos.

La República con sus ideas de igualdad había dado mucha autoridad á los generales de division, haciéndolos casi independientes del general en jefe, que de esta manera se hallaba acosado entre las órdenes de la junta de salvacion y las pretensiones de sus subalternos: por lo mismo eran tan raras las batallas generales como frecuentes las parciales. Por el contrario, Napoleón concentró toda la autoridad en sus manos, y apenas si comunicaba á Berthier sus proyectos en el momento de efectuarlos. Ningún cambio esencial hubo, pues, que introducir en la táctica establecida por Federico II; solamente se extendió su aplicacion á circunstancias nuevas; se aumentó el crédito del orden en columna; el cuadro, cuya importancia había demostrado la guerra de Egipto, llegó á ser una formacion de regla en la ofensiva no ménos que en la defensiva; contra la caballería se adoptó el fuego graneado por filas; se ejerció á las tropas en los trabajos de explanacion, excavacion y levantamiento de fortificaciones, y principalmente en el campamento de Boulogne, por lo demas tan inútil, fué grande y continuo el ejercicio, en el cual á la vista del emperador adquirieron los generales la práctica de las grandes evoluciones.

Cuando muertos todos los veteranos no quedaban mas que soldados bisoños, Napoleón quiso suplir la experiencia de aquellos con un inmenso material, y auxiliaba á sus treinta mil hombres con mil cuatrocientos cañones, es decir, casi cinco por mil, no obstante que los oficiales experimentados calculaban que las demas armas apenas bastarian para custodiar el material de esta, cálculo cuya verdad se demostró en el primer desastre. Sin embargo, entretanto los centenares de bocas de fuego, á las cuales dió portentosa movilidad, devoraban en las batallas aquella que inhumanamente llamaba él *carne de cañon*.

El mayor mérito consistía en la atencion personal de Napoleón, que siendo de férrea salud y de incansables fuerzas, corría, observaba, estimulaba; sin reparar en gastos, se proporcionaba espías y planos; él mismo se lanzaba á reconocer el terreno y hacía que se empeñasen pequeñas escaramuzas mientras observaba desde una altura todos los movimientos. Jamas calculaba los sacrificios que le costaría la ad-

quisicion del punto decisivo, y durante toda la batalla, estaba observando, impassible como en su gabinete, cuidadoso de que no se vieran en su rostro señales de gozo ni de turbacion, y negándose á escuchar el parecer de nadie. Sus pomposas proclamas ántes y despues de la accion eran parte de su táctica. Ganada la batalla, mandaba en persecucion del enemigo los cuerpos de tropas frescas ó que ménos habían padecido, y daba los premios y las alabanzas en el acto mismo en que recibia las partes.

Así como de las guerras de Federico había salido la táctica, así tambien de las suyas nació la estrategia en grande, y los escritores meditando sobre aquellos sus vastos planes, echaron los cimientos de esta ciencia nueva. Napoleón, admirable para crear, reunir y vivificar los medios proporcionados á una empresa; activo para asegurarse siempre la iniciativa; pronto para adivinar los proyectos del enemigo y frustrarlos sin dejarle tiempo para la reflexion ó el remedio; sabiendo manejar las masas, sacar de una pequeña ventaja provecho para ventajas mayores é inspirar á los demas su tenacidad y confianza; obstinado en el combate á fin de que no se perdiese la sangre vertida al principio de la lucha, parecia que había ligado á su carro la victoria.

Diestro en prepararla con intrigas de gabinete, comprendió que estas, así como las batallas, debían tener por teatro la Alemania. Sabía sobre todo excitar entre los suyos la emulacion que suple por la práctica, y conocía el arte de inspirar al soldado la conviccion de su superioridad sobre cualquier otro, de modo que tuviese la victoria como artículo de fe, porque la fe es un admirable principio de accion.

Tambien lo sirvió la índole de sus enemigos. Los Austríacos eran valientes, pero sin emulacion, y estaban sujetos á una estrategia de gabinete que él había experimentado ya muchas veces, por lo cual sabia que con ella infaliblemente habria de derrotarlos. Los Prusianos tenían no solo el arte, sino los hombres de Federico II; viejos que no sabian mandar sus ejércitos contra los ímpetus heroicos de los soldados á quienes la Revolucion había enseñado á improvisar la victoria. El entusiasmo de la obediencia hacía mas formidables á los Rusos, muy prácticos en las guerras asiáticas, y por lo tanto Napoleón halagaba á Alejandro. Los generales enemigos eran siervos de déspotas ó estaban sujetos á las órdenes de lejanos gabinetes, ó tenían trabada su accion por la presencia de príncipes, sobresaliendo los mejores mas que en otra cosa en el arte de resistir y de retirarse. Á Napoleón le habían preparado estupendos ejércitos las guerras de la Revolucion, en que cada soldado era un hombre, y por tal valía y como tal pensaba y obraba; de donde salieron eminentes generales capaces cada uno de mandar un ejército, y no solo de ejecutar los grandes proyectos del general en jefe, sino de corregirlos en el acto. Con tales

instrumentos ¿qué no habria podido hacer? La Revolucion, estableciendo la igualdad en el interior, había conocido cuánto le convenia hacerse respetar del extranjero, manteniéndose dentro de sus límites naturales y proclamando que ninguno debía mezclarse en la administracion interior de otros países. En breve fué arastrada mas allá de estos límites; pero siempre reconoció la necesidad de volver á ellos, y la Convencion y el Directorio siguieron una política racional, haciendo la paz cuando convenia, esparciendo semillas democráticas donde quiera que hallaban bastante fondo, no desanimándose por los desastres de 1799, venciendo á Rusia y á Inglaterra y llevando sus conquistas hasta las fronteras naturales del país. Sin embargo, tanta era el ánsia de paz, que para obtenerla se dió primero el consulado y despues el imperio á Napoleón.

Pero este empeño á Francia en empresas desastrosas, no ya para obtener ventajas en favor de la patria, sino por sus pasiones y su ambicion de guerra. Si sus esfuerzos hasta el tratado de Tilsit no tuvieron mas resultado que consolidar su situacion debilitando á los demas, despues convirtiéndose en agresor atacó á potencias á quienes el patriotismo y la posicion hacían invencibles, y con esto se echó encima la carga de una guerra popular. Segun el general Foy, decia que « su mision no era solamente » la de gobernar la Francia, sino la de somerle el mundo, pues de otro modo el mundo » la aniquilaría. Partiendo de tan gratuita » suposicion, añade este general, organizó el » imperio para la guerra, para la guerra eterna. » No fué para adquirir el derecho de ser monarca absoluto para lo que combatió bajo » todas las latitudes: ¿quién le impedia serlo » á menor costa? Al contrario fundó el despotismo para crear, vivificar y renovar continuamente los elementos de las batallas. »

Entonces se constituyó un imperio vastísimo con unidad de gobierno, pero no de intereses; entonces se vió la mas extraña mezcla de pueblos; vióse á los cipayos combatir en Egipto; á una armada inglesa salir de las costas del Malabar y de Coromandel para hacer un desembarco en la Isla de Francia; á Españoles acampando en las inmediaciones de Dantzik; á Italianos en Varsovia, y Polacos en Santo Domingo. Lo que Roma había hecho en tres siglos de tanta perseverancia, quiso hacerlo Napoleón en pocos meses; pero su propaganda no fué sino de familia: y en cuanto á los pueblos, los exasperó con rapiñas y exacciones, con cambiar sus leyes, sus costumbres y hasta su idioma, con imponerles reyes de su eleccion y maltratarlos despues, mostrándose tan escaso de genio en política como rico en el arte de la guerra.

Llegó al mundo Napoleón en un tiempo en que los gobiernos europeos se desmoronaban porque habían pasado de sazón, por lo cual no le costó trabajo derribarlos; pero no echó de

ver que detras de ellos estaban los pueblos: por tanto desmembró nacionalidades, conculcó tradiciones; de una república hizo un reino ó un vireinato; mezcló, siguiendo sus caprichos, llanuras con montañas, pueblos nuevos con pueblos viejos; no tuvo en cuenta idiomas, ni costumbres, ni simpatías religiosas; conquistó sin idea de conservar, sin habilidad diplomática que supiese formar el porvenir sobre el conocimiento de lo pasado; arrancó de Austria el Tirol y unió á ella Venecia; separó de Italia á Roma y Florencia, que constituyen el corazon de esta península; impuso un rey á la republicana Holanda; sustrajo príncipes al emperador de Alemania; impuso reyes extranjeros á la nacional España: violencias no justificadas ni aun por la utilidad. En todas partes queria establecer su código y su administracion, y luego perjudicó los intereses de todos con el sistema continental. En lo interior puso en lugar de cada institucion una creacion de su voluntad. La Revolucion había proclamado el dogma de la centralizacion aniquilando los privilegios particulares en beneficio del poder central. Este sistema era fácil de ejecutar en Francia, y mucho mas en tiempo de la guillotina; pero Napoleón pretendió extenderlo tambien á las demas conquistas, á las cuales perjudicaba en bien de Francia; así que estas se encontraron no asimiladas, sino solamente adheridas al imperio, y disminuían su fuerza defensiva, aborreciendo aquel orden de cosas forzado y al César que, sin embargo, tanto había hecho por ellas. Así disgustando á los pueblos se impuso la obligacion de combatir siempre, sabiendo con cuánta mas facilidad se domina un pueblo en estado de quietud, y reducido á la necesidad de vencer constantemente, cada batalla era un juego en que arriesgaba todo lo ganado anteriormente (1).

Viéndose favorecido de la fortuna, sustituyó la idolatría de la fuerza á la solemne religion de la libertad, alimentando el culto de aquella con recompensas y honores, dando en abundancia títulos de condes, duques y caballeros, prodigando entre sus generales los bienes de conventos y demas confiscados, y dando rentas hasta por valor de 140.000.000 de francos. Tambien fué pródigo con los hombres científicos, no por sincero amor á la ciencia, que hubiera preferido ver inmaculada su conducta, sino porque el saber le servia de instrumento de gobierno ó de adorno deslumbrador. Por lo demas, despreciaba á los teóricos llamándolos ideólogos, y vilipendió á Necker y Say no ménos que á Benjamin Constant y Tracy.

No hizo caso de las teorías de Smith y demas

(1) « Si je n'eusse vaincu à Austerlitz, j'allais avoir toute la Prusse sur mes bras. Si je n'eusse triomphé à Iena, l'Autriche et l'Espagne se déclaraient sur mes derrières. Si je n'eusse battu les Autrichiens à Wagram (qui ne fut pas une victoire aussi décisive), j'avais à craindre que la Russie ne m'abandonnât, que la Prusse ne se soulevât, et les Anglais étaient déjà devant Anvers. » — *Mémorial de Sainte-Hélène*.

Hacienda.

economistas, porque no eran de inmediato resultado práctico, ni conoció mas sistema que el prohibitivo; así mientras Inglaterra con su crédito tomaba proporciones de gigante, Napoleón atesoraba en las cuevas de su palacio, como los ignorantes reyes antiguos, no teniendo necesidad de dar cuentas á nadie (1). Porque Inglaterra proclamaba la libertad de comercio, él intimó la prohibición como un acto de hostilidad política, y pretendió que todas las naciones la adoptasen, tuvieran ó no necesidad de los géneros ingleses, tuvieran ó no fuerza para sostener esta exclusion y posibilidad para suplir con otros los géneros prohibidos. Porque los Ingleses cruzaban el mar, pretendió que las naciones no tuviesen colonias ni navegacion, y forzasen sus respectivos terrenos á producir el café, el azúcar, el clavo la pimienta. Prometió premios y prodigó alabanzas á los que inventáran productos equivalentes á los prohibidos, á los que hilasen el algodón ó rivalizasen con las manufacturas británicas; pero entretanto se pagaban á peso de oro las drogas y los tejidos; el gobierno perdía el producto que podía sacar de los derechos de introduccion y ademas los premios que daba á los fabricantes; la navegacion se arruinaba; se fomentaba el contrabando con el cebo de incalculables ganancias; se infestaba el imperio de aduaneros; se molestaba al negociante y al particular con visitas y confiscaciones, y se hacía difícilísimo el obtener pasaportes. ¿Cuántas sumas no costó el bloqueo continental? Y luego que con él hizo Napoleón infelices á los súbditos, sucumbió en este nuevo atentado contra la libertad, así como en otros habian sucumbido las antiguas dinastías.

Las rentas no bastaban para cubrir tantos gastos, pues aunque las guerras le eran pagadas por los vencidos, la de España era un abismo sin fondo, y luego tanto lujo, tantas comparsas, tantos cortesanos, muchos de los cuales eran reyes, costaban inmensamente. Así fué que los impuestos llegaron á una suma á que jamas habian llegado; las contribuciones indirectas subieron á una cantidad exorbitante; solo las aduanas ocupaban mas de treinta y cinco mil empleados, y para obtener fondos á toda costa, se restablecieron la lotería y los juegos de azar sábiamente abolidos por la Revolucion. Cuando Napoleón sabia que algun particular ó sociedad habia ganado bastante en cualquier negocio con el Estado, giraba contra el ganancioso una letra de cambio por una gran cantidad; y así una sola compañía tuvo en un semestre que pagar tres millones á la orden del portador de un billete suyo. No hablaré de los manejos y supercherías de los últimos años en los Montes de piedad, desastres inevitables en

(1) « L'empereur disait avoir eu dans ses caves aux Tuileries jusqu'à 400 millions en or, qui étaient tellement à lui, qu'il n'en existait d'autres traces qu'un petit livret dans les mains de son trésorier particulier. » — *Mémoires de Sainte-Hélène*.

un sistema de exorbitante dispendio (1); pero es de advertir que á pesar de todo quedaban muchas veces suspensos los pagos, y los empleados recibían su sueldo con retraso.

El correo tomó grande actividad, pero fué un poderoso instrumento de policia, y Napoleón no se avergonzaba de confesarlo ni de imponer castigos á causa de pliegos interceptados (2). Colocada la gloria en el lugar de la humanidad, de la religion y del derecho, produjo todos los vicios de la esclavitud.

El despotismo hace grandes cosas y alcanza con presteza lo que la libertad obtiene lentamente; pero el despotismo engrandece á un hombre solo, y la libertad á toda la nacion. El nombre de Napoleón ha quedado asociado á empresas inmortales, y especialmente á las que tendían á acelerar el movimiento interior. Por todas partes se abrieron caminos; cuatro magníficas carreteras unieron á Italia con Francia; construyéronse canales en el Rbín, el Mosa, el Sena y el Loira, desde el lago de Como al Adriático y desde el Ródano al Océano. No hablaré de las fábricas de armas, de los arsenales, de las fábricas de pólvora, cuya importancia puede calcularse fácilmente. Las ciencias progresaban; Chaptal publicaba la química aplicada á las artes, investigando los medios de suplir con otros artículos equivalentes el azúcar, el añil y la cochinilla; Berthollet, Biot, de Morveau, analizaban la sal marina, los azufres y las combinaciones gaseosas; Cuvier, Humboldt, Geoffroy Saint-Hilaire regeneraban la historia natural; de Candolle, Jussieu, Saint-Hilaire, cultivaban la botánica; continuaban sus trabajos eruditos Ennio Quirino Visconti sobre los museos; Larcher sobre Herodoto; Gail sobre Jenofonte; Saint-Croix sobre los historiadores de Alejandro; Quatremère de Quincy daba la teoría de las bellas artes; Millin estudiaba las medallas; Denou las antigüedades egipcias; Sacy las lenguas orientales; Walkenaer y Malte-Brun la erudicion geográfica. La historia era aun pobre y sentimental, y para tener una de Francia, se vió Napoleón reducido á encomendarla al septuagenario Anquetil, que la hizo descolorida, monótona, con reflexiones orgullosas y con las preocupaciones de la época. Las historias de Michaud, de Lacretelle y de Sismondi llevan el sello de aquel tiempo fastuoso y académico: Daunou y Ginguené sacrificaban la verdad y la bondad sobre las aras de Voltaire. Impotentes los hombres para crear, trataron á lo ménos de producir una reaccion contra

(1) Los gastos aprobados por el ministerio de hacienda en Francia desde 1802 á 1813 fueron. 4,733,000,000 de francos. Los años de 1814 y 1815 costaron. . . 267,000,000. Así, pues, la Francia gastó en las guerras de Napoleón. 5,000,000,000.

Sobre los países enemigos se impuso por contribuciones cuando ménos otro tanto, de donde se sigue que Napoleón costó. 10,000,000,000

(2) *Les quinze années de la plus écrasante tyrannie dont les temps modernes offrent l'exemple*, los llama Lamartine en un artículo del 15 de julio de 1846.

el vandalismo jacobínico, aplicándose á trabajos de erudicion; y habiéndose decretado la continuacion de las tareas de los Benedictinos, Brial prosiguió la coleccion de los historiadores de Francia; Pastoret la de los reales decretos; el Instituto la de los títulos y diplomas comenzada por Breuigny; Daunou la historia literaria. Otros moralizaron sin religion: madama Cottin hacía novelas sentimentales revistiendo á todos sus personajes de un carácter inocente y puro, ya los colocase en los horrores de Siberia, ya en los deleites de Siria, y madama de Genlis llamaba la atencion hácia la corte de Luis XIV, amada de los aristócratas por sátira, y de los hombres nuevos por imitacion.

Siendo una de las condiciones impuestas á los vencidos la de entregar las mejores obras maestras del arte, fácil es calcular que se formaría en París el mayor museo que se ha visto nunca, compuesto de los despojos de Italia, de Alemania, de Holanda, ademas del gran número de cuadros procedente de las iglesias y conventos destruidos. Quedábase absortos los observadores ante aquellas riquezas sin par, pero no por eso se avivó el fuego del genio, y el tiempo del Imperio se distinguirá en la historia de las artes por un tono académico derivado de la estatuaría, correcto, pero frio y sin relieve. Príncipe de aquella escuela era David, que despues de haber dirigido las fiestas republicanas, inmortalizó los fastos napeoleónicos con formas clásicas. Girodet pintó el diluvio, Gros la batalla de Abukir, Gerard la de Austerlitz y las tres edades; y las batallas dieron asunto á muchos pinceles y ocupacion á muchas musas, productos del pincel y de la imaginacion que duraron muy poco. Tambien habia grande aficion á los teatros, á la música y al baile; pero de tantas producciones dramáticas ¿cuál ha sobrevivido? solo las que fueron honradas con el premio decenal.

Porque aquella protección oficial no ennobleció ni elevaba el ánimo, sino que lo absorbía y le daba movimiento en su provecho; exigía y pagaba los elogios; no se pronunciaba discurso ni se publicaba escrito que no tuviese un grano de incienso para el emperador: á los dóciles se concedía por premio un elogio en los periódicos del gobierno, y contra los indóciles se lanzaban los dardos de la critica mas encarnizada é implacable. Los artistas retrataban á Napoleón, ya como héroe, ya como númen; las medallas renovaban la metálica adulacion de Luis XIV. De Fontanes tenia magníficas palabras para cantar las alabanzas oficiales de su amo; pero á este no le bastaban si no iban mezcladas con la pimienta de los vituperios lanzados contra sus enemigos. Así el *Monitor* servía las pasiones del emperador, ya atacando á los autores que no le dedicaban versos, ya injuriando á Roma, á Inglaterra ó á los reyes, ya haciendo preceder de los insultos el ataque de las armas. Aquel foco de París, de donde habian salido las luces para iluminar á todo el mundo, habia enmu-

T. VI.

decido; obras en otro tiempo impresas con licencia eran suprimidas, recogíanse las patentes á los impresores que desagradaban; los curas tenían que excitar á la guerra y cantar himnos por las victorias, si no querían ser encerrados en las casas de locos; hasta el catecismo quedó contaminado con la adulacion imponiéndose en él el amor á Napoleón como el de Dios y de los padres. El gobierno desconfiaba de la imaginacion y del pensamiento, por lo cual Sieyès, preguntado por uno ¿qué pensáis? respondió: *Yo no pienso nada*. En este caso se hallaban todos.

Entre aquel estrépito de aplausos, los hombres de mas valía sabían resistir, si no con otra cosa, con el silencio. Chateaubriand, que habia sido nombrado para la embajada de Roma, cuando tuvo noticia del asesinato del duque de Enghien, envió su dimision. Chenier, que habia cantado los primeros triunfos de Buona parte, guardó silencio respecto de los sucesivos, por lo cual Napoleón irritado se complacia en turbar su sosiego (1). Á las frases lisonjeras que el emperador dirigió á Ducis, este respondió: « Soy una ánade salvaje de aquellas que sienten de léjos el olor del fusil. No perdáis el tiempo; mas quiero llevar harapos que cadenas. » Beethoven, cuando lo vió hacerse rey, exclamó: *¡Con que tambien este era un hombre como todos los demas!* Cherubini encontró siempre en él despego y oposicion porque no lo adulaba; Bernardino de Saint-Pierre, admitido en el Instituto por favor de Napoleón y por él acariciado con la lisonja mas halagüeña, es decir, el elogio, se negó á escribir sus campañas; y sin embargo Bernardino de Saint-Pierre no era un héroe (2). Lemercier devolvió á Napoleón la estrella de la Legion de Honor diciendo:

(1) *Crédule, j'ai longtemps célébré ses conquêtes. Au forum, au sénat, dans nos jeux, dans nos fêtes, Je proclamais son nom, je vantaits ses exploits, Quand ses lauriers soumis se courbaient sous les lois; Quand simple citoyen, soldat du peuple libre, Aux bords de l'Eridan, de l'Adige et du Tibre, Foudroyant tour à tour quelques tyrans pervers, Des nations en pleurs sa main brisait les fers; Ou quand son noble exil aux sables de Syrie Des palmes du Liban couronnait sa patrie. Mais lorsqu'en fugitif regagnant ses foyers, Il vint contre l'empire échanger ses lauriers, Je n'ai point caressé sa brillante infamie: Ma voix des oppresseurs fut toujours ennemie: Et tandis qu'il voyait des flots d'adorateurs, Lui vendre avec l'Etat leurs vers adulateurs, Le tyran dans sa cour remarqua mon absence; Car je chante la gloire, et non pas la puissance.*

(2) Despues hizo el elogio del emperador, pero dando continuas alabanzas á la paz y diciéndole: « Tú no te atraerás el amor de los hombres sino poniendo tu gloria en su felicidad. » Esta frase y un largo pasaje de su escrito fueron suprimidos por el cardenal Maury y Regnault de Saint-Jean-d'Angely, diciendo que el emperador no gustaba de lecciones ni de consejos. No ménos intolerantes eran los filósofos, y Saint-Pierre tenia que chocar continuamente con sus colegas, porque en sus escritos nombraba á Dios. Habiendo compuesto uno sobre el tema propuesto en 1798 relativo á las instituciones mas á propósito para fundar la moral de un pueblo, le dió el carácter de una disertacion religiosa, al paso que todas las demas estaban escritas en el espíritu ateo de los jueces del certámen. Con esto se indignaron sus colegas, no queriendo absolutamente que en el Instituto se hablase de Dios; Cabanis propuso un decreto para que no se pronunciase nunca este nombre en aquel cuerpo, y Saint-Pierre, por mas que defendió su disertacion, no pudo lograr que pasara.